

la inviolabilidad de sus miembros, atacados hace dos días hasta en su vida.» «¡Malvado!—le grita Thuriot.—Has jurado indudablemente perder á la república con tus eternas declamaciones y tus calumnias.» «Existe una asamblea usurpadora que conspira, delibera y obra,—continúa diciendo el impasible orador.—Un comité directivo enciende la guerra civil, ¡y aún existe esa municipalidad rebelada! Anteaeyer, cuando esa autoridad rival y usurpadora os hacía rodear de armas y cañones, venían á traeros esa petición, esa lista de proscripción de vuestros colegas, hallada en el fango de las calles de París.» Al oír esto, las tribunas y la Montaña parecen desplomarse sobre Lanjuinais. La multitud que se apiña á las puertas y corredores lanza gritos de muerte y rechaza hasta las gradas de la tribuna á los ujieres y guardias de la Convencion. Aquellos alaridos, aquellos puños levantados, aquellos ademanes homicidas, aquellas armas que resuenan á algunos pasos de él, no comunican el más ligero temblor al acento de Lanjuinais. Concluye pidiendo la represión de la municipalidad á pesar de verse bajo el hierro de sus sicarios.

Una diputación de las autoridades revolucionarias de París le sucede. «Delegados del pueblo,—dice,—hace cuatro días que París no ha depuesto las armas, y hace también cuatro que sus reclamaciones se ven burladas. La antorcha de la libertad se ha oscurecido, las columnas de la igualdad se han conmovido. Los contrarrevolucionarios levantan sus cabezas insolentes. ¡Tiemblen, por fin! El rayo que va á pulverizarlos está retumbando. Representantes, conocemos los crímenes de los facciosos de la Convencion. Salvadnos, ó nos vamos á salvar nosotros mismos.»

Billaud-Varennes propone que esta petición sea inmediatamente enviada al comité de salud pública y se discuta sin levantar mano. La Llanura pide el orden del día. «La orden del día—exclama el impaciente Legendre—es la de salvar la patria.» Al ver la perplejidad de la Convencion, al oír las palabras de Legendre que parecen una señal convenida entre la Montaña y el pueblo, salen tumultuosamente de las tribunas algunas mujeres y unos pocos espectadores gritando: «¡A las armas!» Las puertas ceden con estrépito al impulso de la multitud, y la Convencion se cree por un momento forzada en su recinto. «¡Salvad al pueblo de sí mismo!—exclama un diputado de la derecha llamado Richon.—¡Salvad la cabeza de vuestros colegas decretando su arresto provisional!» «No, no,—responde con majestuosa intrepidez el generoso Lareveillere-Lepeaux, hombre en quien el sentimiento religioso fortalecía el deber,—no, nada de debilidad. Todos participaremos de la suerte de nuestros colegas.»

Pero algunos de estos hombres que infunden el terror pánico en los corazones y confunden la cobardía con la prudencia, continúan pidiendo á voces el decreto de prisión contra sí mismos. Levasseur, amigo de Danton, se lanza á la tribuna. Enemigo de la Gironda, pero enemigo leal, quiere purificar la Convencion sin derramar la sangre de sus colegas. «Nos piden—dice—el arresto provisional de los veintidos para protegerlos contra el furor del pueblo. Yo sostengo que lo deben ser definitivamente si lo han merecido; y lo merecen, como voy á probarlo.» Al oír esto, las proposiciones de Levasseur son aprobadas de antemano con prolongados aplausos que hacen conocer á los girondinos que están ya entregados. Levasseur prosigue, y en un discurso extenso enumera los crímenes atribuidos á los giron-

dinos, sosteniendo que aunque fueran inocentes recaen sospechas sobre ellos, y que como sospechosos, deben ser detenidos y juzgados legalmente por la Convencion.

El silencio con que es escuchado Levasseur manifiesta el combate interior que trabaja la conciencia de la Asamblea. Barere, aguardado con impaciencia, llega por fin del comité de salud pública, y sube á la tribuna para leer el dictámen de este comité. Su fisonomía, violenta cuando mira á la derecha, risueña cuando se dirige á la Montaña, revela de antemano las resoluciones de que es órgano é inspirador. «El comité,—dice lacónicamente,—por respeto á la situación moral y política de la Convencion, no ha creído deber decretar el arresto, pero sí que debía dirigirse al patriotismo y generosidad, y pedir la suspensión voluntaria de su poder, única medida que puede terminar las disensiones que asedian la república, restituyéndola á la paz. El comité, por lo demás, ha tomado todas las medidas para poner á los miembros de que se trata bajo la salvaguardia del pueblo y de la fuerza armada de París.»

V

El silencio glacial de la Montaña y los murmullos de disgusto de las tribunas prueban al momento á los girondinos que esta medida no satisface aún sino á medias la impaciencia de sus enemigos. Algunos se apresuran á aprobarla como un medio de salvación que van á perder si deliberan. Isnard, el más fogoso de entre ellos en otras ocasiones, y ahora el más desalentado y humilde, sube con la frente baja las gradas de la tribuna, como para expiar el primero su blasfemia contra París. «Cuando se pone en la misma balanza á un hombre y la patria,—dice con resignado acento,—estoy siempre con la patria. Lo declaro, si mi sangre fuese necesaria para salvar mi patria, sin otro verdugo que yo mismo, llevaría mi cabeza al cadalso, y desprendería por mi mano el hierro fatal que hubiera de cortar mis días. Se nos pide nuestra suspensión como única medida capaz de precaver los grandes males que nos amenazan. Pues bien, me suspendo á mí mismo, y no quiero otra salvaguardia que la del pueblo.» Isnard baja entre las aclamaciones de los unos y el desprecio de los otros. Lanthenas, el débil amigo de Roland, imita á Isnard. «Nuestras pasiones, nuestras divisiones—dice—han abierto un abismo bajo nuestros piés. En él deben precipitarse los veintidos miembros denunciados.» Fauchet, ansioso de hallar un asilo en la indulgencia del pueblo, se apresura á hacer su sacrificio á la patria ó al miedo. También cede el anciano Dusaulx, abatido por la edad y el estudio. Cada una de estas abdicaciones va cubierta y acompañada de aplausos. La Convencion, satisfecha, cree libertarse de una purificación dolorosa con la patriótica de aquellas abdicaciones voluntarias.

Lanjuinais, sin embargo, se levanta y sube por la última vez á la tribuna. «Creo,—dice con el resuelto acento de la conciencia,—creo haber mostrado hasta ahora bastante energía para que no esperéis de mí ni suspensión ni dimisión.» Al oír la altivez de esta declaración, la Montaña, las tribunas y el pueblo que inunda el salón responden con imprecaciones y amenazas de muerte. Lanjuinais recorre con mirada desdeñosa aquella multitud, cuyos ademanes le hieren de lejos y cuyos improperios ahogan su voz. Un momento de silencio permite en fin á la indigna-

cion de su alma dejarse oír, haciendo una reconvenccion inmortal á la villanía de sus enemigos. «Cuando los antiguos sacrificadores—dice—arrastraban en otro tiempo las víctimas al altar para inmolarlas, las coronaban con flores y cintas... ¡Villanos! ¡No las insultaban!...» Al escuchar tan majestuosa imágen, realizada por la siniestra analogía del orador con la víctima, del sacrificador con el pueblo, el tumulto, avergonzado de sí mismo, cesa, y el pueblo á su vez inclina la frente. Cuando la sublimidad del lenguaje va unida á la de la accion, el hombre se ve subyugado á pesar suyo, la elocuencia se convierte en heroísmo, y el genio se confunde con la virtud. «Está visto,—prosigue Lanjuinais,—no se puede salir de aquí ni asomarse á la ventana para pedir justicia á la nacion: los cañones están apuntándonos. Ningun voto legal puede emitirse en este recinto. Callo...» Y baja.

Barbaroux, ménos elocuente, pero tan inflexible como Lanjuinais, le reemplaza. «Si mi sangre fuese necesaria para el afianzamiento de la libertad,—exclama,—la derramaria. Si el sacrificio de mi honor fuese preciso para la misma causa, os diria: «Arrebatádmelo; la posteridad será mi juez». Si la Convencion, en fin, creyese necesaria la suspension de mis poderes, obedecería su decreto; pero nunca depondré por mí mismo la autoridad con que me ha investido el pueblo... No, no esperéis de mí dimision alguna. ¡He jurado morir en mi puesto, y cumpliré mi juramento!» Los oyentes admiran y callan.

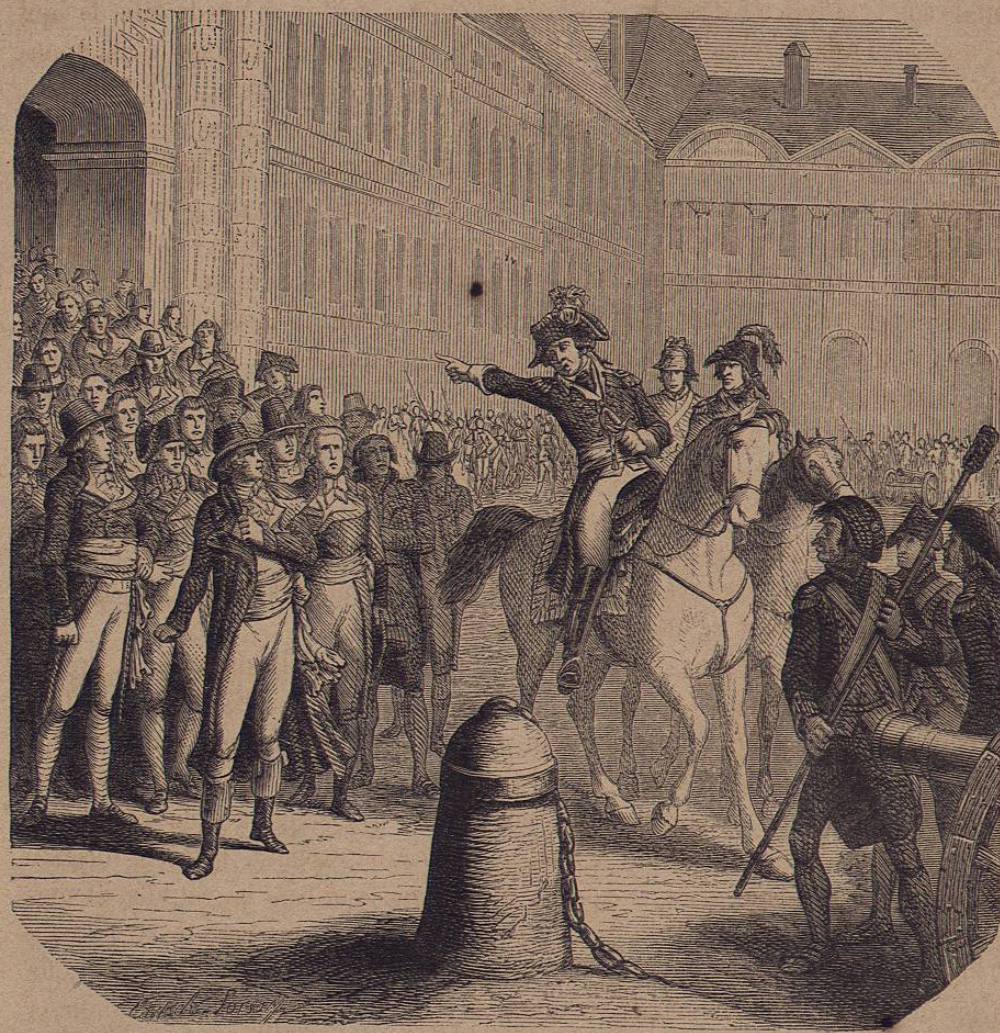
«¡Sacrificios á la patria!—dice Marat.—Olvidan que es preciso estar puros para ofrecer tales sacrificios. Yo soy el que como verdadero mártir de la libertad debo sacrificarme por todos. Ofrezco mi suspension al punto en que hayais decretado el arresto de los veintidos, y pido que, borrando de la lista á Ducos, Lanthenas y Dusaulx, que no merecen los honores de la proscripcion, añadais en su lugar las cabezas de Defermon y de Valazé, que no están en ella.»

Billaud-Varenes estaba combatiendo, como Marat, la blandura de las proposiciones de Barere, cuando estalla un nuevo tumulto á las puertas de la Asamblea y suspende por un momento toda deliberacion. Lacroix, amigo y confidente de Danton, impelido en secreto por éste en aquella determinacion, se precipita en el salon con los brazos extendidos como un hombre que implora asilo y venganza contra asesinos. Finge la actitud, la voz, los gestos del espanto. «Se han dirigido armas contra mi pecho,—exclama.—La Convencion está bajo la metralla. Hemos jurado vivir libres ó morir. Pues bien, ¡es preciso saber morir, pero morir libres!»

La Gironda y la Llanura confirman las palabras de Lacroix, y atestiguan que varios de ellos han sido rechazados al salon y ultrajados. Danton se manifiesta igualmente indignado. Barere dice que la Convencion avasallada no puede hacer leyes, que la están acechando nuevos tiranos, y que esta tiranía reside en el comité revolucionario de la municipalidad, en cuyo seno hay malvados. Designa el español Guzman, amigo y agente de Marat; y que en este momento y á vista de la Convencion se está distribuyendo á las tropas que la rodean el salario de la insurreccion. Danton sostiene á Barere, y pide que el comité de salud pública se encargue de vindicar la Representacion oprimida. Un decreto ordena á la fuerza armada que se retire del recinto. Mallarmé, con la voz agotada ya, cede la presidencia á Herault de Sechelles, el presidente de prevencion de los dias de conflicto.

Si todos los girondinos hubiesen estado presentes; si Vergniaud, cuya moderacion cautivaba á la Llanura y adormecia á la Montaña, hubiese pronunciado

entónces una de sus magníficas arengas, apaciguando al pueblo con promesas y avergonzando á la Convencion del espectáculo de su opresion, esta tentativa de Lacroix y de Danton para salvar las veintidos cabezas no hubiera sido infructuosa. Pero todos los oradores de la Gironda ó estaban ausentes ó mudos. Barere provocó solo por segunda vez á la Asamblea. «Ciudadanos,—dice,—os lo repito, sepamos si somos libres. Pido que la Convencion vaya á deliberar en medio de la fuerza armada, que sin duda la protegerá.»



Los representantes rechazados por las secciones (2 de Junio).—Pág. 18.

Herault de Sechelles, al escuchar estas palabras, baja del sillón y se coloca á la cabeza de una columna de diputados dispuestos á seguirle. Los girondinos y la Llanura se unen á él. La Montaña, indecisa, permanece inmóvil. «No salgais,—le gritan los jacobinos de las tribunas.—Es un lazo en que los traidores quieren envolver á los patriotas. ¡Sereis degollados!» «¡Cómo! ¡Abandonareis á vuestros colegas que van á arrojarse en el seno del pueblo, entregándolos así á una muerte cierta, haciéndole creer que hay dos Convenciones, una dentro y otra fuera de este recinto?»—responden con ademanes de súplica los diputados de la Llanura. Danton se arroja generosamente en medio de ellos. Robespierre delibera un mo-

mento con Couthon, Saint-Just y un grupo de jacobinos, y se deciden por fin á bajar de sus bancos y unirse á la comitiva.

Al presentarse el presidente, que llevaba la escarapela tricolor, se abren las puertas, los centinelas presentan las armas, y la multitud deja paso á los representantes, los cuales avanzan hácia el Carrousel. Las turbas que ocupan la plaza saludan á los diputados. Algunos gritos de *¡Viva la Convencion! ¡Abajo los girondinos! ¡Entregad los veintidos!* mezclan la sedicion al respeto. La Convencion, impasible á estas voces, marcha ordenada hasta las piezas de artillería, junto á las cuales parecia esperarla el comandante general Henriot, en medio de su estado mayor. Herauld de Sechelles manda á Henriot que haga retirar aquel aparato de fuerza y abra paso á la Representacion nacional. Henriot, que conoce en sí la omnipotencia de la insurreccion armada, encabrita su caballo retrocediendo algunos pasos, y con gesto imperativo dice á la Convencion: «No saldreis sin haber entregado los veintidos». «¡Prended á ese rebelde!»—dice Herauld de Sechelles á los soldados, enseñándoles á Henriot. Los soldados permanecen quietos. «¡Artilleros, á vuestras piezas! ¡Soldados, á las armas!»—grita Henriot á sus batallones.

A estas palabras, repetidas en toda la línea por los oficiales, se efectúa un movimiento de concentracion alrededor de las piezas de artillería. La Convencion retrocede. Herauld de Sechelles pasa con los diputados por la bóveda del palacio al jardin. Allí, los batallones fieles, acantonados á la extremidad de la grande alameda que conduce á la plaza de la Revolucion, llamaban con sus aclamaciones á los miembros de la Asamblea, jurando cubrirlos con sus bayonetas. Herauld de Sechelles se encamina allí; pero ántes de llegar al puente giratorio le corta el paso un batallon de las secciones insurreccionadas. La Convencion, agrupada alrededor de su presidente, vacila y se detiene.

Marat, saliendo entónces de una alameda inmediata, escoltado de una columna de jóvenes franciscanos que gritan *¡Viva el amigo del pueblo!*, intima á los diputados que vuelvan á sus puestos. La Convencion, cautiva, pero aparentando estar satisfecha de los pocos pasos que le han permitido dar, vuelve á entrar en el salon. Couthon añade dentro la burla á la violencia que fuera se habia ejercido sobre ellos. «Ciudadanos,—dice,—todos los miembros de la Convencion deben ahora estar seguros de su libertad. Habeis marchado hácia el pueblo, y en todas partes le habeis hallado respetuoso para con sus representantes é implacable contra los conspiradores. Ahora, pues, que os reconocéis libres para deliberar, pido, no un decreto de acusacion contra los veintidos denunciados, sino un decreto que los arreste en sus casas, así como á los miembros de la comision de los Doce y á los ministros Claviere y Lebrun.»

Un aplauso aparente, pero unánime, manifiesta que ni siquiera queda ya en la Convencion el pudor de su situacion. Legendre, Couthon y Marat dejan oír, sin embargo, algunas palabras de piedad por los miembros de la comision de los Doce que protestaron contra la prision de Hebert y Varlet. Se borra de la lista de los proscritos á Fonfrede, Saint-Martin y algunos otros.

Algunos peticionarios se ofrecen á servir de rehenes á los departamentos cuyos diputados van á ser presos. «No he necesitado bayonetas para defender la libertad de mis opiniones,—contesta Barbaroux;—tampoco necesito rehenes para pro-

teger mi vida. Mis rehenes son la pureza de mi conciencia y la lealtad del pueblo de Paris, en cuyas manos me entrego.» «Y yo—dijo Lanjuinais—pido rehenes, no por mí, pues hace tiempo que he hecho el sacrificio de mi vida, sino para impedir que estalle la guerra civil y mantener la unidad de la república.» Ningun murmullo insultante respondió á estas últimas palabras de los veintidos. La Convencion, al herirlos, conoció que se habia herido á sí misma. Compadeciéndolos, se compadecia de sí propia. La Montaña bajó silenciosamente de sus bancos, evitando mirar á los hombres que acababa de proscribir. Varios de éstos se habian escapado; otros habian estado encerrados en casa de Meilhan, uno de sus colegas, y se dispersaron al saber el resultado de la sesion. Barbaroux, Lanjuinais, Vergniaud, Mollevault y Gardien quedaron en sus bancos, esperando en vano á los hombres armados que debian asegurarse de sus personas. No viéndolos venir, se retiraron ellos mismos á sus casas, adonde el comité revolucionario mandó gendarmes de centinelas de vista.

* VI

Tal fué la catástrofe política de este partido. Murió como habia nacido, de una sedicion legalizada por la victoria. La jornada del 2 de Junio, llamada aún el 31 de Mayo porque la lucha duró tres dias, fué el 10 de Agosto de la Gironda. Este partido sucumbió por su debilidad é indecision, como el rey á quien habia derribado. La república que habia fundado se desplomó sobre él, despues de ocho meses tan sólo de existencia. Se honró á aquel grupo de republicanos por sus intenciones, se le admiró por sus talentos, se le compadeció por sus desgracias, se sintió su pérdida á causa de sus sucesores, y porque sus jefes al caer abrieron una larga senda al cadalso. Despues de la desaparicion de este partido, se pregunta cuál era su idea y si tenia alguna. La historia tambien pregunta si el triunfo de la Gironda en 31 de Mayo hubiera salvado la república; si habia en aquellos hombres de palabras, en sus concepciones, en su union, en sus caracteres y en su genio político, los elementos de un gobierno dictatorial á la vez y popular, capaz de comprimir las convulsiones interiores de Francia, hacerla triunfar en lo exterior y procurar el establecimiento de una república regular, preservándola de los reyes y demagogos. La historia no vacila en responder: No; los girondinos no tenian en sí ninguna de estas condiciones. El pensamiento, la unidad, la política, la resolucion, todo les faltaba. Habian hecho la revolucion sin quererla, y la gobernaban sin comprenderla. La revolucion debia rebelarse contra ellos y escapárseles.

Dos cosas necesitan los hombres de Estado para dirigir los grandes movimientos de opinion de los cuales participan: la inteligencia completa de estos movimientos, y la pasion [que expresan en un pueblo. Los girondinos no poseian completamente ni una ni otra. En la Asamblea legislativa habian contemporizado mucho tiempo con la monarquía, mal aceptada por ellos, y no habian comprendido que un pueblo no se transforma ni regenera casi nunca bajo la mano y el nombre del poder de que se liberta. La república, tímidamente tramada por algunos de ellos, habia sido acogida más bien como una necesidad fatal que abrazada como un sistema por los otros. Ya desde el siguiente dia de su proclamacion

habian temido el fruto de su obra, como una madre que hubiese dado á luz un monstruo. En vez de trabajar en el afianzamiento de la naciente república, no habian manifestado otro afan que el de debilitarla. La Constitucion propuesta por ellos más bien parecia un arrepentimiento que una esperanza, pues combatia uno por uno todos los órganos de vida y de fuerza de la república. La aristocracia se revelaba bajo otra forma en todas sus instituciones civiles, y en ellas se reconocia ahogado de antemano el principio popular. Desconfiaban del pueblo, y éste á su vez desconfiaba de ellos. La cabeza temia al brazo, y el brazo á la cabeza. El cuerpo social no podia hacer otra cosa que agitarse ó languidecer.

Así pues, los girondinos, desde su advenimiento, habian marchado de provocaciones en concesiones y de resistencias en derrotas. El 10 de Agosto les habia arrancado el trono, en cuya conservacion pensaban aún en el mismo decreto en que Vergniaud proclamaba la destitucion del rey. Danton habia obtenido de ellos las proscripciones de Setiembre, que no habian sabido evitar con el uso de la fuerza, ni castigar amparando las víctimas con sus cuerpos. Robespierre les habia arrancado la cabeza de Luis XVI, cobardemente cedida en cambio de sus propias cabezas. Marat les habia arrancado su impunidad y su triunfo despues de su acusacion de 10 de Marzo. Los jacobinos les habian arrancado el ministerio en la persona de Roland. Por último, Pache, Hebert, Chaumette y la municipalidad les arrancaban ahora su abdicacion, no dejándoles más que la vida. Débiles en lo interior, habian sido desgraciados en lo exterior. Dumouriez, su general, habia vendido la república, arrojando sobre ellos con su traicion la sospecha de complicidad. Los ejércitos, sin jefes, sin disciplina, sin reemplazo, retrocedian de derrota en derrota. Las plazas fuertes del Norte caian ó se defendian tan sólo con sus murallas. El realismo conquistaba el Oeste; la federacion dislocaba el Mediodía; la anarquía paralizaba el centro; las facciones tiranizaban la capital. La Convencion, rica en oradores, pero sin caudillos políticos, vacilaba entre sus manos, admirando sus discursos, pero burlándose de sus actos. Detestaban á los jacobinos, y les dejaban reinar. Aborrecian al tribunal revolucionario, y le dejaban herir á la ventura, esperando que les hiriese á ellos mismos. Temian el desquiciamiento de la república, y sus correspondencias desesperadas no cesaban de inducir á los departamentos al suicidio por el federalismo.

Algunos meses más que hubiese continuado semejante gobierno, Francia, casi conquistada por el extranjero, reconquistada por la contrarevolucion, devorada por la anarquía, desgarrada por sus propias manos, hubiera cesado de existir como república y como nacion. Todo parecia entre las manos de aquellos hombres de palabras. Era preciso resignarse á morir con ellos, ó fortificar el gobierno. La violencia lo tomó por su cuenta arrogándose, como en el 10 de Agosto, esa dictadura que nadie se atrevia á tomar en la Convencion. La insurreccion de la municipalidad, aunque fomentada y dirigida por pasiones perversas, se presentó á los ojos de los patriotas como la insurreccion de la salud pública. Viendo el pueblo claramente que iba á perecer, llevó ilegalmente su mano al timon y lo arrancó de las manos impotentes que lo dejaban abandonado. El pueblo creyó usar en esto de su derecho supremo, el de existir. Se le acusó de haberse arrogado la iniciativa de los departamentos, habiendo sustituido la voluntad de Paris á la de Francia. ¿Qué podian hacer, decian los patriotas del 31 de Mayo, los departamentos á la distancia á que se

hallaban de los sucesos? Antes que les hubiesen consultado y hubieran respondido, ántes que su fuerza de opinion y su fuerza armada hubiesen llegado á Paris, podian los coligados estar á sus puertas, los vendeanos á las de Orleans, y verse la república ahogada en su cuna. En los grandes peligros la proximidad es un derecho, y la parte del pueblo más inmediata al riesgo es la que debe acudir la primera al remedio. En casos como éste, la medida del poder es el alcance del brazo. Una ciudad ejerce entónces la dictadura de su situacion, para hacerla ratificar despues. Paris la habia ejercido muchas veces ántes y despues de 1789. No le recriminaba Francia ni por el 14 de Julio, ni por los sucesos del Juego de Pelota, ni por el 10 de Agosto, en que Paris habia conquistado para ella, sin consultarla ni esperarla, la revolucion y la república.

Ademas, cualesquiera que sean las teorías de igualdad abstracta entre las ciudades de un Estado, ceden por desgracia estas teorías la supremacía á los hechos en circunstancias excepcionales; y estos hechos no carecen de derecho, porque tienen su justicia cuando son necesarios. Es indudable que las ciudades en que residen los gobiernos no son más que miembros del cuerpo nacional; pero ese miembro es la cabeza. La capital de una nacion ejerce sobre los miembros un poder de iniciativa, de movimiento y de resolucion relacionado con los sentidos más enérgicos, cuyo asiento está en la cabeza de una nacion, como en el individuo. La polémica rigurosa puede combatir con razon este derecho, pero la historia no puede negarlo. En tiempo de calma, el gobierno se halla repartido por todas partes en proporcion igual; pero en circunstancias extraordinarias, el gobierno existe, no de derecho, sino de hecho, en cualquier punto donde se apoderan de él. La iniciativa es la señora de las cosas cuando se encuentra en el sentido mismo de las cosas. El 31 de Mayo era ilegal, ¿quién lo justifica? Pero el 10 de Agosto, ¿dejaba por ventura de serlo? Este era, sin embargo, el título de los girondinos. ¿Cuál era el partido que podia entónces invocar legítimamente la ley? Ninguno. Todos la habian violado. No existia la ley, en aquella usurpacion recíproca y continua, ni en la Montaña, ni en la Gironda, ni en la municipalidad, ni en Paris, ni en Burdeos. La ley no existia ya, ó más bien era el instinto de la conservacion de un gran pueblo. La ley era la misma revolucion. Un pueblo extraviado por su patriotismo creyó promulgarla en medio del tumulto y de la sedicion de aquellos tres dias. Era el desórden, pero ellos lo consideraban como ley, porque esta violencia les parecia la única medida capaz de salvar la patria y la revolucion. El 10 de Agosto, se decian, podia tan sólo salvar la libertad; el 31 de Mayo podia salvar la nacion.